

neos. ¿Qué os parece esa teoría? Inútil es decir que ha tenido adhesiones en Inglaterra y propagandistas en Francia. Además de Shakespeare, excluye sencillamente de la "vida," literaria á Schiller, á Corneille, á Milton, al Tasso, al Dante, á Virgilio, á Eurípides, á Sófocles, á Esquilo y á Homero. Verdad es que coloca en la gloria á Aulu-Gelle y á Restif de la Bretonne. Oh crítico! Tienes razon; Shakespeare no es viable, es inmortal.

Otro crítico, tambien inglés, pero de la escuela escocesa, puritano, perteneciente al grupo de descontentos que capitaneaba Knox, declaraba por entonces que la poesía era cosa pueril; que la belleza del estilo era un obstáculo que se oponía entre la idea y el lector; que el monólogo de Hamlet era "lirismo frío," y el adios de Otelo á las banderas y al campamento "una declamación," y comparaba las metáforas de los poetas con las estampas de los libros que solo sirven para divertir á los muchachos, despreciando profundamente á Shakespeare, porque desde el principio hasta el fin sus obras estaban plagadas de esta clase de estampas.

No hace mucho, precisamente en Enero de este mismo año, un culto periódico de Lóndres preguntaba quién era más célebre en Inglaterra, Shakespeare ó Calcraft el verdugo:—"Hay ciertas localidades en este ilustrado país, en las que si pronunciais el nombre de Shakespeare os contestarán: "No sé quién puede ser ese Shakespeare que arma tanto ruido; pero apuesto cualquier cosa á que le vence Hamner Lone por cinco libras." Pero saben quién es el verdugo." (*Daily Telegraph*, 13 Enero 1864.)

IV.

De todos modos Shakespeare no tiene aun el monumento que Inglaterra le debe.

Digamos de paso que Francia es poco más ó menos lo mismo. Otra gloria distinta de Shakespeare, pero tan grande como la de éste, Juana de Arco, espera hace mucho tiempo un monumento nacional digno de ella.

La tierra de la Galia tiene católica é históricamente por patronas dos figuras augustas, María y Juana: una de ellas es santa, es la Virgen; la otra es heroica, es la Doncella de Orleans. Luis XIII entregó la Francia á la primera y la otra rescató á la Francia. El monumento de

la segunda debe ser tan grandioso como el de la primera; Juana de Arco reclama un monumento tan notable como Nuestra Señora de Paris. Inglaterra está en deuda con Shakespeare y Francia con Juana de Arco.

Semejantes ingratitudes deben denunciarse. La principal responsabilidad debe recaer en las actuales aristocracias gobernantes, que tratan de vendar los ojos de las masas; pero la conciencia lo mismo existe en los pueblos que en los individuos, y la ignorancia debe tomarse todo lo más como circunstancia atenuante: cuando la justicia se desconoce durante siglos, son responsables los gobiernos, pero por culpa de las naciones. La justicia nos obliga á decir la verdad á los pueblos. Francia é Inglaterra obran mal.

Adular á los pueblos sería peor que adular á los reyes; la adulación á los unos supone baja y á los otros cobardía.

Los pueblos no tienen el derecho de acusar indefinidamente por sus faltas á los gobiernos. Aceptar la opresión acaba por suponer en cierto modo complicidad: la pusilanimidad de un pueblo, cuando llega á soportar un yugo, del que pudiera libertarse haciendo un esfuerzo de voluntad, traspasa los límites de la paciencia que deben tener los hombres honrados; entre el gobierno que hace el mal y el pueblo que lo consiente hay cierta solidaridad vergonzosa. El sufrimiento es venerable, pero el yugo no se debe sufrir. Dicho esto, prosigamos.

Notemos esta coincidencia singular: Voltaire, que reniega de Shakespeare, insulta tambien á Juana de Arco; y Voltaire, lo confesamos con alegría y con tristeza al mismo tiempo, encarna el espíritu francés. El espíritu francés, pero solo hasta la revolucion. Porque desde la revolucion, á medida que Francia se emancipa, el espíritu francés se agiganta y tiende á ser el espíritu europeo; es menos local y más fraternal, menos galo y más humano. Cada día representa más Paris el corazón del mundo. Voltaire continúa siendo lo que era, el hombre del porvenir, pero tambien el hombre del pasado; una de esas glorias que unos reconocen y que otros niegan: tiene en contra suya haberse burlado de Juana de Arco y de Shakespeare, y el ridículo que trató de echar contra ellos, la posteridad lo vuelve contra él.

V.

Después de todo, ¿para qué necesita Shakespeare un monumento? La estatua que se ha levantado á sí mismo, teniendo por pedestal á Inglaterra, vale más que el mejor mausoleo.

El mármol y el bronce no pueden hacer que brille más su gloria ni aumentar un codo su grandeza. ¿Puede haber bóveda tan indestructible como la que forma *El cuento de invierno*, *La tempestad*, *Las alegres comadres de Windsor*, *Los dos hidalgos de Verona*, *Julio César* y *Coriolano*? ¿Puede haber monumento más grandioso que *Lear*, ó más terrible que *El mercader de Venecia*, ó más deslumbrador que *Romeo y Julieta*, ó más rico que *Ricardo III*? ¿Hay luna que pueda alumbrar este edificio con luz tan misteriosa como la de *El sueño de una noche de verano*? ¿Qué capital, aunque sea Lóndres, puede producir á su alrededor rumor tan gigantesco como el alma tumultuosa de *Macbeth*? ¿Qué maderamen de cedro ó de encina durará tanto como el *Otelo*? ¿Qué bronce será tan indestructible como el *Hamlet*? No hay construcción humana de hierro ni de bronce que dure lo que el aliento profundo del génio, que es la respiración de Dios al través del hombre. El cerebro que encierra una idea es una cúspide superior á los monumentos de piedra y de ladrillo. ¿Qué edificio iguala á un pensamiento? La torre de Babel es más baja que Isaías, la pirámide Cheops es más pequeña que Homero, el Coliseo es inferior á Juvenal, la Giralda de Sevilla es más enana que Cervantes, San Pedro de Roma no tiene la altura del Dante. ¿Cómo podríais levantar una torre que fuera tan alta como Shakespeare?...

Imaginaos por un instante que se le construye un monumento magnífico ó un arco triunfal, un obelisco, una catedral, un circo, y que en el centro se levanta un pedestal. No hay pueblo más noble ni más magnánimo que el pueblo inglés. Juntad las ideas de Inglaterra y de Shakespeare y después levantad un edificio sobre ellas. Sería de ver á una nación como esa conmemorando á un hombre como Shakespeare. Imaginad el monumento y el acto de la inauguración. Concurren los pares y los diputados de la Cámara de los Comunes, offician los obispos, los príncipes forman el cortejo y la reina asiste. La virtuosa señora es en la que el pueblo inglés, monár-

quico si los hay, contempla y venera su propia personificación actual; la digna madre, la noble viuda se inclina ante la majestad ideal con el respeto profundo que tan bien cuadra á la majestad material; la reina de Inglaterra saluda á Shakespeare; el homenaje tributado por Victoria es como la reparación del desden de Elisabet. Quizá no esté lejos de allí la figura de ésta esculpida bajo una cornisa al lado de Enrique VIII, su padre, y de su sucesor Jacobo I, cuyas figuras son enanas ante la grandeza de la del poeta. Suena el estampido del cañon, descórrase el paño que cubre la estatua, la cual aparece como diciendo: ¡Por fin! engrandecida por la sombra de trescientos años, de tres siglos, que supone en un coloso un desarrollo inmenso. Para hacer esa estatua se han utilizado las de York, Cumberland, Pitt y Peel: se han destruido una porción de estatuas de hombres que no las merecian; se han fundido los monumentos de los Enriques y los Eduardos, de los Guillemos y de los innumerables Jorges; se ha echado abajo el Aquiles de Hyde-Park. La figura de Shakespeare es tan grande como la de un Faraon ó la de un Sesostris. El sonido de las campanas, el estrépito de los tambores, los acordes de las músicas, los aplausos y los hurras hien den los aires.

Y qué?

Todo eso honraria á Inglaterra, pero sería completamente indiferente á Shakespeare.

¿Qué vale el saludo de la monarquía, de la aristocracia, del ejército y del pueblo inglés, para quien ha conseguido la aclamación de los siglos y de los hombres? ¿Qué oración del obispo de Lóndres ó del arzobispo de Cantorbery equivale al grito que Desdémona arranca á una mujer, Arturo á una madre ó Hamlet á un alma?

Si la opinion universal reclama con insistencia un monumento para Shakespeare, no es por él, es por Inglaterra. Hay ocasiones en que el pago de una deuda importa mucho más al deudor que al acreedor.

Un monumento es una enseñanza. Es bueno que los transeuntes sepan que existen grandes hombres. Los que no saben leer, miran; encuentran á su paso un pedestal y sin querer levantan la vista; si saben leer la inscripción: los que no fijan la atención en un libro, la fijan en una estatua. Pasando un día por el puente de Rouen, en donde está colocada

la hermosa estatua que esculpió David D' Angers; me preguntó un campesino: Conoce V. á Pedro Corneille?—Sí, le respondí. Y añadió:—Yo también.—¿Y conoce V. *El Cid*? pregunté.—No, señor, me dijo.

Para el campesino, Corneille era la estatua.

Es necesario al pueblo este principio de conocimiento de los grandes hombres. El monumento excita la curiosidad de saber para quién se erigió, y provoca el deseo de aprender á leer para saber lo que representa.

La ereccion de los monumentos supone, pues, utilidad para el pueblo y justicia en la nacion.

Inglaterra concluirá por hacer al mismo tiempo lo justo y lo útil. Es deudora de Shakespeare, y dejar en descubierto semejante deuda desdice de la dignidad de un pueblo. Es moral que los pueblos paguen religiosamente por gratitud, porque su entusiasmo significa probidad. Cuando hay un hombre que es la gloria de una nacion, que ésta no se aperciba de semejante gloria asombra al género humano.

VI.

Como era de presumir, Inglaterra se decide al fin á levantar un monumento á su poeta.

Después de escritas las anteriores páginas, se anuncia en Londres el nombramiento de un comité para conmemorar solemnemente el tercer centenario del nacimiento de Shakespeare. Este comité le dedicará el día 23 de Abril de 1864 un monumento y una fiesta que sobrepujarán al incompleto bosquejo que hemos imaginado. Se hará todo lo humano posible para que el tributo de admiración sea brillante. La iniciativa del comité arrastrará seguramente á los poderes públicos y no tendrá necesidad de recurrir á la suscripción. Las suscripciones, si no son muy módicas, necesariamente han de ser parciales, y á Shakespeare se le debe una manifestación nacional. Debe celebrarse en día festivo una fiesta pública, debe erigírsele un monumento popular, cuyos gastos hayan sido votados en las Cámaras y cuya partida figure en el presupuesto de la nacion. Tenemos confianza en el comité encargado del Jubileo de Shakespeare, porque sabemos que le componen personas distinguidas de la prensa, del Parlamento, de la literatura, de la escena y de la Iglesia.

Además, han agregado á este comité hombres eminentes de todos los países, de Francia, de Alemania, de Bélgica, de España y de Italia, de modo que será un comité ilustre y competente. Se formará un segundo comité en Stratford sobre el Avon, que secundará al de Londres. Felicitamos á Inglaterra.

Los pueblos tienen el oído tardo y la vida larga, por lo que no es incurable su sordera. Tienen tiempo para corregirse, y esto es lo que ahora hace el pueblo inglés en lo que se refiere á su gloria. Inglaterra empieza á deletrear el nombre de Shakespeare, debajo del que el universo había puesto el dedo.

En Abril de 1664, cien años después de haber nacido Shakespeare, la Inglaterra se ocupaba en aclamar á Carlos II, el que vendió Dunkerque á la Francia por doscientas cincuenta mil libras esterlinas, y se ocupaba también, desafiando la lluvia y el viento frío, en ver cómo blanqueaba en el patíbulo de Tyburn el esqueleto de Cromwell. En Abril de 1764, doscientos años después de haber nacido Shakespeare, Inglaterra se ocupaba en la aparición de Jorge III, rey imbecil, que con sus conciliábulos y las medidas extraconstitucionales que tomó de acuerdo con los jefes *torys* y los landgraves alemanes, marcaba una política de resistencia al progreso, que comenzó por luchar, primero contra la libertad en América y después contra la democracia en Francia, y con el ministerio del primer Pitt, que desde 1778 hizo cargar á Inglaterra con la deuda de ochenta millones de libras esterlinas. En Abril de 1864, á los trescientos años del nacimiento de Shakespeare, Inglaterra se ocupa en erigir una estatua á su gran poeta. Paga tarde, pero pagará bien.

LIBRO SEGUNDO

El siglo diez y nueve.

El siglo diez y nueve no procede de ningún otro ni recibe impulsión de ninguno de los anteriores: es hijo de una idea. Indudablemente Isaias, Homero, Aristóteles, Dante y Shakespeare han sido ó pueden ser grandes puntos de partida para llegar á importantes creaciones filosóficas ó poéticas; pero la madre augusta del siglo diez y nueve es la Revo-

lucion francesa y lleva su magnífica sangre en las venas.

Honra á los géneos; si son desconocidos los saluda, si permanecen inéditos los publica, si son perseguidos los vengá, si están destronados los corona; los venera á todos, pero no procede de ellos. El siglo diez y nueve es único, sin familia; por su naturaleza revolucionaria puede prescindir de sus antepasados.

Como es genial, fraterniza con los géneos. Su origen se encuentra donde está el de éstos, fuera del hombre. Las misteriosas gestaciones del progreso se suceden, cumpliendo una ley providencial. El siglo diez y nueve está dando á luz la civilización, y le falta todavía dar vida á todo un continente. La Francia ha traído este siglo y este siglo trae la Europa.

El grupo griego constituyó la antigua civilización, limitada y circunscrita a la región de la Morea; después la civilización ganó terreno poco á poco y constituyó el grupo romano; en la actualidad forma el grupo francés, es decir, toda la Europa, con algunas ramificaciones en América, en África y en Asia.

La mayor de estas ramificaciones la forma la democracia en los Estados Unidos, á cuyo nacimiento está ayudando Francia desde el siglo pasado. Francia, nación sublime, que prueba antes que las demás la vida del progreso, fundó una República en América antes de crear otra en Europa. *Et vidit quod esset bonum*. Después de haber prestado á Washington el auxilio de Lafayette, volvió los ojos á sí misma y continuó la obra de Voltaire con un hombre temible, con Danton. Ante un pasado monstruoso, que lanzaba toda clase de rayos y exhalaba toda clase de miasmas, el progreso se vió forzado á acudir á las armas, y tuvo necesidad de emplear cien brazos, cien cabezas, cien lenguas de fuego y cien rugidos; el bien se convirtió en hidra y se llamó revolución.

La revolución fué un acontecimiento augusto que cerró un siglo y empezó otro.

El siglo diez y ocho, transformando las inteligencias, transforma los hechos. El siglo diez y nueve, después de ver consumada la revolución política, busca su expresión en la revolución literaria y social. Se ha dicho en són de censura, pero con profunda exactitud, que el romanticismo y el socialismo son un mismo hecho. Muchas veces el odio, proponiéndose injuriar, construye y consolida.

El triple movimiento literario, filosófico y social del siglo diez y nueve, que se condensa en uno solo, no es más que la corriente de la revolución en las ideas, que, después de haber arrastrado los acontecimientos, arrastra los espíritus.

La frase *93 literario*, que se repitió tantas veces en 1830 contra la literatura contemporánea, se prodigaba como insulto y no lo era. Tan injusto sería emplearla para caracterizar todo el movimiento literario, como sería inútil emplearla para calificar toda la revolución política. En ambos hechos hay algo más que el 93. La frase *93 literario*, que se emplea para ofender, es exacta en cuanto indica de un modo confuso, pero real, el origen del movimiento literario que corresponde á nuestra época. Pero hasta empleándola así fué ciega la previsión del odio. El lodo que arrojó al rostro de la verdad se convirtió en oro, en luz y en gloria.

La revolución se compone de varios años, cada uno de los que expresa un período, representa un aspecto ó realiza una fase del fenómeno. El 93 trágico es uno de los años colosales. Las buenas nuevas necesitan pregonarse á veces con bocas de bronce, y el 93 es esta boca. Debe honrarnos, pues, á nosotros, los hijos del siglo diez y nueve, que para injuriarnos se nos diga:—*Sois el 93!*

Pero la injuria es incompleta, porque no solo somos el 93, sino que también somos el 89. El origen de la literatura del siglo diez y nueve data desde el principio de la revolución.

Formadla proceso bajo este punto de vista, que á nuestra literatura no le importa que la sometáis á juicio de residencia, y lo mismo le dá que insultéis ó que aclameis su triunfo. Como es la deducción lógica del gran acontecimiento que presenciaron nuestros padres, y del que arranca para el mundo un nuevo punto de partida, el que esté por él ha de estar por su literatura y contra ella el que esté contra la revolución. El escritor reaccionario que decía: *En toda esa literatura veo á Marat y á Robespierre*, se equivocaba; esta literatura tiene más de Danton que de Marat; pero el hecho es verdadero: la democracia vive en él.

La revolución forjó la trompeta y el siglo diez y nueve la toca. Aceptamos la afirmación de ser revolucionarios y creemos que ese es nuestro título de gloria. Los pensadores de los tiempos actuales, los poetas, los escritores, los historiadores, los oradores y los filósofos,

todos provienen de la Revolucion francesa. El 89 demolió la Bastilla y el 93 destruyó el Louvre; del 89 salió la Rendicion y del 93 la Victoria. Esos dos años son los padres de los hijos del siglo diez y nueve. No les busqueis otra filiacion ni otro origen; son los demócratas de la idea, como sus padres fueron los demócratas de la accion. Son los emancipadores.

Hasta los que entre ellos han nacido aristócratas y que por sus familias pertenecen al pasado, que empezaron á balbucear respetando á la monarquía, hasta esos mismos no me desmentirán, porque sienten desde su infancia el influjo del mónstruo sublime y en su conciencia la agitacion de misteriosas ideas, que, turbando su espíritu, observan cómo se desvanece en él la fé en la monarquía, en el catolicismo y en la aristocracia.

Algunos les reprochan con dureza este cambio, calificándolo de traicion, porque pasan del derecho divino al derecho humano y porque vuelven las espaldas á la falsa historia, al falso dogma, á la falsa filosofia y á la falsa verdad. Debe ser sensible para las inteligencias ignorantes ver semejantes cambios. El crecimiento y el desarrollo lo toman por apostasia los séres enclenques y enanos.

Los escritores y los poetas del siglo diez y nueve gozan de la satisfaccion de salir de un génesis, de llegar á la vida despues del fin de un mundo, de presenciar la nueva aparicion de la luz y de ser los órganos de una nueva obra. Esta situacion les impone el cumplimiento de deberes que sus antecesores desconocieron; han de reformar con reflexion y han de civilizar por medio de la accion directa. No vienen á continuar ninguna obra, sino á empezarla. La mision de los pensadores en la actualidad es muy compleja: deben pensar, amar, obrar y sufrir. Si oís el estruendo del cañon en las calles, abandonad la pluma; si veis que se levanta una barricada, id á defenderla; si se os condena al destierro, aceptadlo; si os condenan á muerte, aceptadla tambien. Sed si es preciso al mismo tiempo Montesquieu y John Brown. El Lucrecio que reclama la obra del presente siglo debe ser tambien Caton. Tales son las necesidades actuales del progreso. El poner á Pelion por encima de Osa es obra de niños, comparada con la obra de colocar el derecho sobre la verdad. El porvenir tiene prisa. Mañana será tarde: la humanidad no puede perder ni un solo minuto. Seamos diligen-

tes, que los que viven en la miseria caminan sobre hierros encendidos. Los pobres sufren, padecen hambre y sed. Evitemos que viva en el ocio el parásito, la hiedra, el muérdago. Nuestra salvacion consiste en destruir los séres que se alimentan devorando. Abundan la indigencia, la desnudez, la impudicia, la miseria, los lupanares, los presidios, los harapos, el hambre, los crímenes, y las infelices criaturas crecen para el mal y en cambio escasean las escuelas. El miserable lecho de hermosísimas jóvenes se transforma como por encanto en lecho mullido adornado de seda y lentejuelas de oro, naciendo así la peor de las miserias, la desgracia acompañada del vicio. Una sociedad semejante reclama inmediato auxilio. Busquemos el remedio. Dónde está la tierra prometida? Encaminemos nuestros pasos hácia ella, que la civilizacion desea marchar. Ensayemos las teorías, los sistemas y los inventos, las mejoras y el progreso, hasta que consigamos caminar con paso seguro. El ensayo no cuesta nada ó cuesta muy poco. Ensayar una cosa no es adoptarla definitivamente. Pero ante todo y sobre todo difundamos la ilustracion. Abramos de par en par las ventanas al aire y á la luz, que la ventilacion es indispensable para la luz de las almas.

Que nada se pierda, que ninguna fuerza se aisle. Manos á la obra, que urge realizarla, y desechemos el arte indolente ó inútil. Constituyamos á la poesia en obrera de la civilizacion. Pongamos la belleza al servicio de la honradez. Convirtámonos en súbditos de nuestra conciencia, y ya que nos llama, acudamos diligentes á su llamamiento. Que la verdad sea la única soberana del mundo.

La revolucion es la Francia sublimada. Francia fué la fragua en la que los mártires guerreros adquirieron alas, y de cuyas llamas salió convertida en arcángel. Hoy Francia se llama en todo el mundo Revolucion, y en lo sucesivo esta palabra será el vocablo que se aplique á la civilizacion, hasta que ésta pueda llamarse Armonía. Dije, y repito, que no debe buscarse en otra parte el origen y el nacimiento de la literatura del siglo diez y nueve. Somos los hijos de nuestra augusta madre la revolucion.

Os saludamos, poetas, filósofos, historiadores, gigantes de las artes del siglo pasado: os saludamos, repito, pero no os seguimos. Vuestra mision no es la nuestra. Trabajásteis en la edad viril del género humano, pero ahora hemos cambia-

do de edad. Iluminados por lo ideal, asistimos á la majestuosa conjuncion de lo bello con lo útil. Ningun génio actual ó posible os sobrepujará, génios de las edades pasadas, porque solo se permiten tener la ambicion de igualaros, y para igualaros necesitan ser en su época lo que fuisteis en la vuestra. Los escritores, hijos de la revolucion, tienen que cumplir una mision santa. Debe llorar su epopeya Homero; debe protestar su historia Erodoto; debe destronar su sátira Juvenal; debe dirigir al pueblo el *tú serás rey* Shakespeare; sus Prometeos deben abatir á Júpiter Esquilo; sus estercoleros deben fecundar, Job; sus infiernos deben extinguirse, Dante, y sus Babilonias, en vez de destruirse, deben difundir la ilustracion á los cuatro vientos, Isafas. Cumplirán su mision los hombres actuales, como vosotros, génios, cumplisteis la vuestra: contemplan directamente la creacion y la humanidad, y no admiten que les ilumine ningun rayo de luz de reflejo, ni siquiera el vuestro. Como vosotros, tienen en el exterior el punto de partida en el Sér universal y en el interior el punto de partida de su conciencia, y buscan la inspiracion de su obra en la fuente única de la que mana la naturaleza y el arte, de la fuente de lo Infinito. Hace cuarenta años el autor de este libro decia que los poetas y los escritores del siglo diez y nueve no tienen ni maestros ni modelos: sigue afirmando lo mismo. No los tienen, porque su modelo es el hombre y su maestro Dios.

LIBRO TERCERO

La historia real.—Cada uno debe ocupar su sitio.

I.

En el firmamento aparece una nueva constelacion.

Los astros que hasta ahora han alumbrado al género humano empiezan á palidecer y á extinguirse.

Desde que existe la tradicion humana solo han brillado en el empíreo de la historia y han ejercido una supremacia exclusiva los hombres de la fuerza. El grupo del Apocalipsis, condensado en la expresion *héroes*, compuesta de reyes, emperadores, jefes, capitanes y príncipes, era el único que centelleaba la luz,

el único en el que resplandecía la victoria. El grito de espanto convirtiase en aclamacion para saludarlos. Pasaban por el horizonte dejando una horrible estela de fuego en su camino. No iluminaban el cielo, lo encendian. Parecia como que quisieran tomar posesion de lo infinito. Mezclábase al esplendor de su gloria el ruido de horrendos cataclismos y una luz rojiza que prevenia de la púrpura, de la sangre, ó tal vez de la vergüenza. Su extraña luz hacia pensar involuntariamente en el rostro de Cain. Odiábanse con odio implacable. Estos enormes astros chocaban furiosamente los unos contra los otros, produciendo rayos siniestros. La luz llegaba por medio de las espadas. Todo eso pendia terriblemente sobre nuestras cabezas.

Esa es la trágica luz que ilumina los tiempos pasados y que se extingue visiblemente en los presentes.

Decaen la guerra, el despotismo, la teocracia, la esclavitud y el patíbulo.

La espada está en el suelo, la tiara desaparece, la corona se simplifica, las batallas son menos frecuentes, los penachos bajan, la usurpacion se circunscribe, la cadena se aligera, el suplicio se suaviza. Está próxima á desaparecer la influencia que unos pocos ejercian sobre todos y que se llamaba derecho divino. La legitimidad, la gracia de Dios, la monarquía antigua, la posesion de los pueblos por medio de la herencia, luchan aun en algunos puntos, como en Nápoles y en Prusia, ó mejor dicho, se resisten como la muerte que se esfuerza por vivir. De los pálidos labios del siervo, del vasallo, del proletario y del pária salen sonidos inarticulados, que mañana serán palabras y en el porvenir el verbo. Se rompe la mordaza en los dientes del género humano, y éste, que hasta ahora ha caminado por la calle de Amargura, se niega á pasar más adelante.

Hoy son imposibles las formas despóticas. Hoy el Faraon es una momia, el Sultan un fantasma y el César una falsificacion.

El período de los hombres de fuerza ha terminado ya. Fueron gloriosos, pero con gloria sangrienta. Esos hombres son solubles en el crisol del progreso y la civilizacion los ovida. Al punto de madurez que ha llegado la conciencia universal, despues de la Revolucion francesa, el héroe ya no es héroe sin saber por qué; el capitan se discute y el conquistador es inadmisibile. Si Luis XIV invadiera hoy el Palatinado, nos produciria el efecto de

un ladrón. En el siglo pasado comenzaron á conocerse estas realidades. Federico II confesaba ante Voltaire que tenia algo de bandido. Ser grandes hombres de la materia, reinar violentamente, forjar el derecho con la fuerza, machacar la justicia y la verdad con el martillo del éxito, hacer brutalidades de génio, es ser groseramente grandes. Los héroes ruidosos han ensordecido hasta hoy á la razon humana, que empieza á cansarse del majestuoso alboroto y se tapa los ojos y los oídos ante las matanzas que se autorizan con el nombre de batallas. La humanidad perfeccionada desea desprenderse de ellos. La carne de cañon hoy piensa.

No estará de más consignar de paso algunas cifras, ya que forma parte de nuestro objeto la tragedia completa. No solo existe la tragedia en los poetas; existe tambien en los políticos y en los hombres de Estado.

Los héroes tienen un enemigo formidable, la Hacienda. Se ha ignorado durante mucho tiempo lo que cuestan de adquirir las glorias militares. Para disimular su total habia antiguamente chimeneas, como aquella en la que Luis XIV quemó las cuentas de Versalles, por cuyo tubo salieron mil millones reducidos á humo. Los pueblos esto no lo sabian. Pero hoy los pueblos han llegado á ser avaros, lo que en ellos es una virtud; saben que la prodigalidad engendra el envilecimiento, y por eso cuentan. Han aprendido á llevar las cuentas por partida doble. En lo sucesivo la gloria militar tendrá su debe y su haber, que la hará imposible.

El mayor guerrero de los tiempos modernos no es Napoleon, es Pitt. Napoleon hacia la guerra, pero Pitt la creaba. Pitt hizo surgir todas las guerras de la revolucion y del imperio. Suprimid á Pitt y poned en su lugar á Fox, y ya no tendrá razon de ser la exorbitante batalla que duró veintitres años, ni hubiera existido la coalicion, de la que Pitt era el alma; muerto él, su alma quedó enterada en la guerra universal. Veamos ahora lo que costó á Inglaterra y al mundo la administracion de Pitt.

En primer lugar el gasto de hombres. Desde 1791 hasta 1814, Francia sola, luchando contra la Europa, que hizo coligar la Inglaterra, obligada á combatirla, gastó en matanzas por conseguir gloria militar y por defender la integridad de su territorio cinco millones de hombres, es decir, que murieron

seiscientos hombres cada dia. Y Europa, comprendiendo en esta cuenta la cifra que le corresponde á Francia, gastó diez y seis millones seiscientos mil hombres, es decir, dos mil muertos cada dia, durante veintitres años consecutivos.

En segundo lugar el gasto de dinero. Por desgracia solo conocemos la cifra auténtica de lo que costó á Inglaterra. Desde 1791 hasta 1814, para que la Europa derrotara á la Francia, Inglaterra hizo aumentar su deuda hasta veinte mil trescientos diez y seis millones cuatrocientos sesenta mil cincuenta y tres francos. Divídase esta cantidad por la de hombres muertos, á razon de dos mil cada dia, durante veintitres años, y resultará que cada cadáver tendido sobre el campo de batalla solo á Inglaterra costó mil doscientos cincuenta francos. Hay que agregar á esa suma la cantidad desconocida, pero colosal, que gastó Europa.

Con los diez y siete millones de hombres muertos se hubiera poblado la Australia de europeos. Con los veinticuatro mil millones ingleses invertidos en cañones se hubiera podido cambiar la faz del mundo, difundiendo en todas las partes la civilizacion y suprimiendo la ignorancia y la miseria. A Inglaterra le cuesta veinticuatro mil millones erigir las estatuas de Pitt y de Wellington. Tener héroes es gastar un lujo exorbitante. Los poetas cuestan mucho menos.

II.

A los guerreros se les ha dado ya la licencia absoluta. Han terminado su servicio. Se van ya del mundo Nemrod, Ciro, Sanacherib, Alejandro, Pirro, Aníbal, César, Timour, Luis, Federico y otros muchos.

No se crea, por lo que decimos, que rechazamos en absoluto á esos grandes hombres. Creemos que cinco ó seis de los que acabamos de nombrar son legítimamente ilustres, porque, á pesar de sus devastaciones, han hecho algo bueno; la suma total dificulta que tenga equidad el pensador, porque colocando en los platillos de la balanza lo útil y lo perjudicial, no sabemos cuál de los dos pesaria más. Otros grandes guerreros solo han sido perjudiciales, y su número es infinito.

El pensador, que es el que los pesa, es por naturaleza clemente. Los que solo han producido el mal tienen la imbecilidad como circunstancia atenuante, y

son, además, excusables por el estado cerebral del género humano en el momento en que aparecieron, por el medio ambiente y los hechos que les rodearon, que aunque éstos son modificables, son muy difíciles de vencer.

Los tiranos no son los hombres, son las cosas. Los tiranos se llaman las fronteras, las costumbres, la ruina, la ceguera en forma de fanatismo, la sordera y el mutismo en forma de diversidad de lenguas, la disputa en forma de peso, de medida y de monedas; el odio, que es el resultado de la disputa, y la guerra, que es el resultado del odio. Todos los tiranos tienen un solo nombre: Separacion. La division que produce el reino es el déspota en estado abstracto.

Los tiranos de carne y hueso pueden considerarse tambien como cosas. Calígula es más un hecho que un hombre. El proscrito romano, ya sea dictador, ya César, prohíbe al vencido el uso del fuego y del agua; es decir, le prohíbe el derecho á la vida. Un dia de gala equivale á veinte mil destierros, un dia de Tiberio á treinta mil, un dia de Sila á setenta mil. Estando Vitelio enfermo, vió una casa inundada de luz y á sus moradores entregados á los placeres. *Se me cree muerto?* exclamó. Y era que Junio Bleso cenaba en casa de Tusco Cœcina: el emperador envió á los concurrentes una copa de veneno para que vieran, como fin siniestro de una noche de alegría, que Vitelio vivia aun. *Reddam pro intempestiva Citentia maestrum et funebrem noctem que sentiat vivere Vitellium et imperare.* Othon y este mismo Vitelio se enviaban mutuamente los asesinos. En tiempo de los Césares era muy raro morir en la cama de muerte natural. Pison es célebre por la rareza de haber fallecido de enfermedad. El jardin de Valerio Asiático agrada al emperador y la cara de Estatilio desagradaba á la emperatriz; pues por esto solo se cometen crímenes de Estado: se extrangula á Valerio porque tiene un jardin y á Estatilio porque tiene cara antipática. Basilio II, emperador de Oriente, hizo quince mil prisioneros búlgaros; los dividió en grupos de ciento, haciéndoles saltar los ojos á todos menos á uno, que era el encargado de conducir á los noventa y nueve ciegos. Envió despues este ejército de ciegos á Bulgaria. La historia juzga de la manera siguiente á Basilio II: "Amó demasiado la gloria." (Delandine.) Pablo de Rusia consigna este axioma: "Solo son poderosos aquellos á quienes el emperador se digna dirigir la palabra, pero su poder dura lo que dura la palabra en sus oídos." Felipe V de España, el que asistia ferozmente tranquilo á los autos de fé, se espantaba ante la idea de mudarse de camisa, y estuvo en la cama seis meses sin lavarse y sin cortarse las uñas, temiendo ser envenenado con las tijeras, con el agua de la jofaina, con la camisa que le entregaran ó con los zapatos que se pusiera. Ivan, abuelo de Pablo, mandó torturar á una mujer antes de hacerla acostar en su cama; mandó ahorcar á una recien casada, poniendo de centinela al infeliz marido para que nadie se atreviese á cortar la cuerda; mandó á un hijo que matase á su padre; inventó el partir á un hombre en dos mitades por medio de un cordel; quemó por sí mismo á Bariatinskij á fuego lento, y cuando el martirizado daba gritos de dolor, le aproximaba los tizonos con su baston. Pedro, en punto á grandezas, aspiró á tener la del verdugo; ejercitose en cortar cabezas: al principio cortaba cinco cada dia, pero gracias á su aplicacion llegó á cortar veinticinco diarias. Reveló gran talento el czar que arrancó el pecho á una mujer de un solo latigazo. Qué son todos esos mónstruos? Son síntomas, tumores en supuracion de un cuerpo enfermo. No son ellos los responsables, como tampoco es responsable el total de la adición de los sumandos. Basilio, Ivan, Felipe, Pablo, etc. etc. son el producto de la inmensa estupidez que los rodea. Cuando un clero como el clero griego profesa, por ejemplo, la siguiente máxima: "¿Cómo hemos de ser jueces de aquellos que son nuestros amos?", es perfectamente natural que el czar y el mismo Ivan hagan coser á un arzobispo dentro de una piel de oso para que se lo coman los perros. El czar se divierte con eso y es justo que se haga. En tiempo de Neron, el hermano de un asesinado iba al templo á dar gracias á los dioses. En tiempo de Ivan, un boyardo empalado empleó su agonía, que duró veinticuatro horas, diciendo: "¡Dios mio, protege al czar!" Un dia se acerca la princesa Sanguzko y se arrodilla ante el czar, bañada en llanto, y le presenta un memorial suplicando la gracia y el perdon del horrible destierro á Siberia de su marido Sanguzko (polaco culpable de amar á Polonia); Nicolás escucha en silencio la súplica, toma el memorial en sus manos y escribe debajo: "Que vaya á pié." Despues de esta escena sale Nicolás á la